

meten los historiadores acerca de hechos narrados por el cura de Tunja.

¿Y la realidad social? Muy lejos de convertirse en un *indigenista* o *indigentista* a ultranza, Ospina trata de ver todos los ángulos culturales de la Conquista. El escritor tolimense reivindica al indio americano, es cierto, pero no lo hace en el lenguaje de sus ancestros pijaos sino más bien en el del padre Las Casas. Casi sin darse cuenta, continúa y profundiza, de nuevo buen alumno de Borges, con toda la herencia de la cultura occidental que lleva encima, que llevamos encima los latinoamericanos que, como decía Cortázar, no cegados por las pasiones nacionalistas de las grandes potencias culturales, podemos reclamar sin vergüenza el ser los más ecuménicos o universales entre los cultos del mundo.



Si hay que señalar algún defecto en este libro admirable —y nada nos obliga a hacerlo— es que de algún modo se notan las primeras inmersiones del autor en temas que probablemente desconocía a fondo al emprender el libro: esto es, los vericuetos del derecho indiano, de la economía colonial, de la sociología compleja del primer Nuevo Mundo. Es cuando nos devuelve a la tierra, y el porrazo es fuerte. Y es que no es nada fácil pasar de cantar la flora y la fauna y las mil bellezas de la geografía a la vil explotación

de los indígenas. Y no es que le falte seriedad ni rigor. Se advierte que mucho ha leído para ilustrarse, o que, como el mejor de los investigadores, el autor viajó a España a los lugares involucrados en la narración, que estuvo en el pueblo de Alanís, patria del poeta, y que de ello nos regala testimonios novedosos, únicos, pero siempre —no hay que olvidarlo— más bajo la mirada del poeta enamorado que del indianista consumado. La pluma de Ospina sólo decae un tanto cuando se mete en lo que no es lo suyo, cuando abunda en explicaciones históricas, cuando hace el sociólogo a su pesar; se le nota, digamos, la incomodidad de la silla en la que está sentado. Es entonces cuando nos resulta algo pobre, gastado, en alguna ocasión ingenuamente banal, explicándonos cosas a las que de inmediato vemos que acaba de llegar y que son nuevas a sus ojos pero cosa cotidiana para el experto, como los problemas de encomenderos e indios, la condición real del indio y de los resguardos, la sed del oro, el maltrato; se ve a la legua que el autor no ha comerciado nunca antes con el tema de la encomienda, con los complicados contratos coloniales, con las alcabalas, con los mil meandros del derecho indiano, y que aventura originales análisis globales del fenómeno de la conquista que no por bellos dejan de desnudar un tanto la falta de información especializada y digerida tras fatigosos años por los eruditos. Al igual que en *Es tarde para el hombre*, cuando menos nos atrae Ospina es en el discurso ideológico, porque nos obliga a estar o a no estar de acuerdo, y sus tesis a veces nos parecen tan peregrinas que irremediablemente no podemos estar de acuerdo con ellas.

Pero como esta lectura es ambivalente, leído con acento meramente estético el defecto puede convertirse en virtud. Recién arribado a esos vericuetos de la historia socioeconómica, el autor parece sorprenderse por lo que aprende, así como el buen cura de Tunja se sorprendía ante la exuberancia del mundo que acababa de descubrir y, al igual que

aquél, se limita a cantarlo... Es entonces cuando me parece mejor que el autor divague o exagere, o que simplemente se equivoque, o que no estemos de acuerdo con sus opiniones. Como Borges, que nos ha enseñado a sus discípulos a ser arbitrarios, contundentes y tercos y a desdeñar los matices, lo ecléctico, el justo medio, Ospina me parece terco. Recordemos que terco es el que no está enteramente de acuerdo con nuestras ideas. Pero me parece también, para ser justos, que cuando su mundo es ingenua y delirantemente poético es cuando el ensayo de Ospina brilla a mayor altura, como siempre que no arriesga y se queda en las puras delicias de la imaginación presentándonos encantadores cuadros de sus amores literarios. Ahí es cuando no podemos menos que admirarlo. La prosa de Ospina me parece muy apropiada para el género ensayístico. Por momentos resulta el mejor escritor del mundo y su lectura una de las más agradables posibles.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

¿Es la realidad incompatible con el amor?

Romanza para murciélagos

Germán Espinosa

Editorial Norma, Bogotá, 1999.
205 págs.

Este libro tiene todas las marcas de la literatura de Germán Espinosa: un lenguaje recursivo, donde cada adjetivo nos muestra que estamos ante un estilo elaborado; unas historias inventivas donde el lector es absorbido por la trama; un trasfondo claramente latinoamericano, que sin embargo apela a una condición humana universal.

Tres relatos conforman el libro. Aunque cada uno de ellos tiene un

desarrollo distinto, se relacionan en torno a un mismo tema, lo que da a *Romanza para murciélagos* su coherencia como unidad. Ese punto temático en común es el amor, considerado en su acepción más amplia. De hecho, incluso más que el amor en sí mismo, el centro de estos tres relatos sería lo que somos capaces de hacer por amor, las fronteras que somos capaces de atravesar, sin importar que éstas sean tan poderosas como la muerte física, el respeto a uno mismo o las convenciones sociales y religiosas.

El primer relato, *Una ficción perdurable*, nos habla sobre Bernardo Díaz Castellón, miembro de una poderosa familia costeña. Profundamente enamorado de su esposa, Bernardo se niega a aceptar el asesinato de ésta durante el desfile de la Semana Mayor, por lo que recurre a un hipnotista, Bartholomew Spectrum, para que éste lo lleve en trance hasta el instante de la muerte de su esposa. La intención declarada por Bernardo ante todos es la de poder descubrir así quién fue el asesino, pero su ambición verdadera va mucho más allá, pues prefiere un mundo ficticio lleno de amor a uno real vacío de él. De esta forma, el desarrollo de la narración de *Una ficción perdurable* no responde a otro objetivo que resolver el interrogante planteado por el mismo Bernardo en su inicio:

¿Cómo llegué a reinar sobre un orbe que sé ilusorio, pero que posee para mí la calidez y el pacífico bienestar que el otro se obstinó en negarme? Quien dijo que la vida es el sueño de una sombra, ignoraba quizás que puede ser un sueño dentro del sueño de una sombra. [pág. 12].

El segundo relato, *Por amor a la momia*, nos cuenta los hechos y andanzas de Juan Domingo Santacruz, destacado poeta de la isla caribeña de Santa Matilde de las Antillas, a través de la narración de su eterno secretario Caraballo. La narración transcurre a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Santacruz es elegido presidente de la isla

tras de una serie de desórdenes políticos, por ser la única figura que cuenta, dada su prestancia moral, con la aprobación de todos los sectores. Sin embargo, el poeta impone una condición: aceptará el puesto únicamente si se le permite gobernar desde París. Desesperados, la Iglesia, los militares y la aristocracia santamatildana aceptan y Santacruz va a París, donde abandona por completo la literatura y se dedica a fiestas y orgías con presupuesto presidencial; mientras que la figura real del poder en Santa Matilde de las Antillas es el primer ministro Villa Ceballos. Todo ello bajo la mirada desaprobadora del impotente secretario Caraballo, que sin embargo no descubrirá hasta el final que existe otra mentira mayor que Santacruz guarda en su pasado.



El tercer relato, además de dar nombre al libro, se diferencia de los anteriores en un aspecto importante. Mientras que en el primero el amor es posible gracias a la construcción de un mundo ilusorio, y en el segundo el amor no tiene otro objeto que mantener viva una mentira, en *Romanza para murciélagos* la narración transcurre en un mundo real y el objeto de amor es igualmente real. Sin embargo, el origen de este amor es tan oscuro, que es necesario ocultarlo a la luz para que permanezca vivo e invisible a las miradas. Es necesario ante todo ocultarlo a ese Dios cuyas criaturas

están destinadas a morir, por lo que al final el amante no tendrá más alternativa que negarse a aceptar el orden del mundo y rebelarse contra la Creación.

Romanza para murciélagos es, entonces, un apropiado título para la narración de este amor del joven Essslin Inclán por su hermana Parísatis, que transcurre en la Bogotá de mediados del siglo XX, con todo el contenido de rigidez moral y convulsiones políticas que caracterizaron este período de la historia colombiana. De los tres relatos que componen el libro, *Romanza para murciélagos* es sin duda el que tiene el tono más trágico, quizá por el aroma a oscuridad condensada, secreto doloroso y belleza prohibida que despiden cada una de sus páginas.

Habría que añadir que la estructura y la prosa que utiliza Espinosa en los relatos de este libro son mucho más clásicas que en otras obras suyas, como *La tejedora de coronas*. Aun así, el estilo del autor despiden frescura, con su adjetivación inventiva y los giros que garantizan una sorpresa casi constante, por lo que desde el punto de vista formal se merece más de una lectura. La primera persona en que están narrados los tres relatos está aprovechada a plenitud para permitirle al lector sumergirse sin dificultad en la historia. Además, el contenido del libro genera mil preguntas, que garantizan ese pequeño cambio dentro del lector que es la marca de todo buen libro. El único punto polémico podría ser, entonces, paradójicamente, el final de los relatos.

Quizá Espinosa peca de temor a lo inverosímil, o quizá subvalora la capacidad del lector. En todo caso, lo cierto es que a veces no se puede evitar la impresión de que se nos ha contado más de la cuenta. En *Una ficción perdurable* se añade al final una nota que corta el tono del relato sin aportar nada que sea realmente significativo, ninguna inquietud que no pudiera ser sugerida de otro modo menos abrupto, lo que nos impide saborear ese instante que continúa al leer un buen cuento, ese momento en que las preguntas co-

mienzan a fermentarse. Mientras que al terminar *Por amor a la momia* deseamos que de alguna forma Espinosa hubiera mantenido la irreverencia con el mundo literario hasta el final del relato, pues al develar el secreto de Santacruz vuelve a instalar a los poetas en ese pedestal ajeno a las tentaciones del mundo que tan falso y aburrido resulta. *Romanza para murciélagos* tiene, sin duda, el mejor de los tres finales, pues, aunque resulta predecible, es el único posible y ello lo hace un muy buen final.

Más allá de los polémicos finales una cosa es clara: el contenido del libro justifica plenamente su lectura y la maestría en el desarrollo de la historia hacen que sea un placer recorrer las páginas. Además, el planteamiento que parece encerrar la similitud entre los relatos es tan duro como interesante, pues al terminar de leer el libro nos quedamos preguntando si será cierto que la realidad es tan incompatible con el amor, que sólo a través de la ilusión puede éste permanecer siempre vivo. Sea como sea, con este libro Germán Espinosa da otra muestra de que trescientos años después de *Werther* aún es posible escribir una obra novedosa sobre el tema que más páginas ha inspirado a la humanidad.

ANDRÉS GARCÍA
LONDOÑO

Igualitos pero al contrario

Colombia-Venezuela: historia intelectual

Juan Gustavo Cobo Borda
(compilador)

Biblioteca Familiar Presidencia de la República, Bogotá, 1997, 495 págs.

En una entrevista televisada, durante una visita a Caracas poco antes de su asesinato, a Luis Carlos Galán Sarmiento se le hizo la pregunta de

rigor: "¿Qué piensa usted de Venezuela en relación con Colombia?". Interrogante que este político colombiano respondió con un enigmático y acertado: "Es lo mismo, pero al revés".

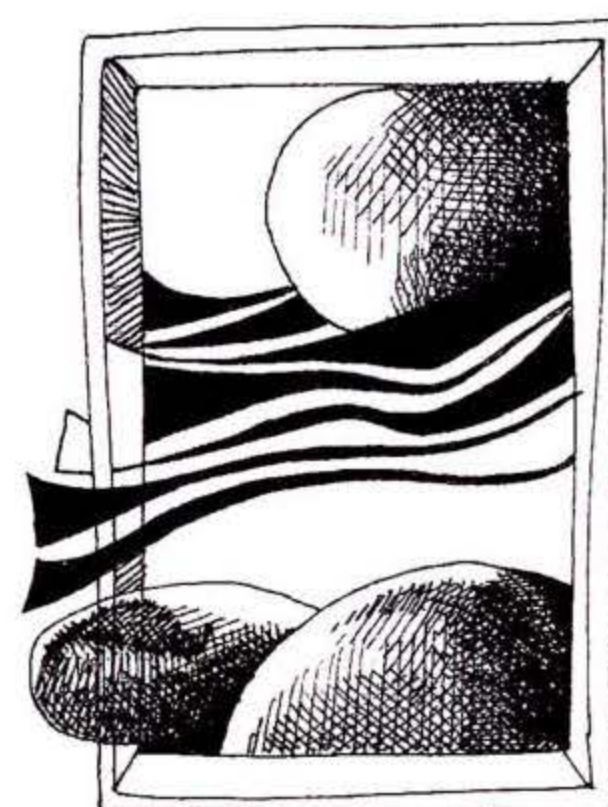
Quizá no haya mejor frase para describir a un par de hermanos. Los mismos padres, el mismo hogar; diferentes elecciones, diferente idiosincrasia. No en vano el nombre de Colombia fue creado por un venezolano, Francisco de Miranda; la campaña militar que señalaría la independencia final de Venezuela partió de tierras colombianas; y el hombre más reverenciado en ambos países nació en Venezuela y murió en Colombia.

No solamente todo parto es traumático para aquel que nace, sino que además el nacimiento de estas naciones hermanas fue un parto con complicaciones, cuyas secuelas aún vivimos. Gracias a una "pléyade de próceres" que fue incapaz de ponerse de acuerdo, acabamos, con la desunión de los padres, separados desde la más corta infancia. Así que cada uno de los hermanos tuvo que emprender sólo su camino por la historia.

Pero la hermandad no se borra con la disolución del hogar. Hermanos somos y hermanos seremos: no hay alternativa en esto de los genes patrios. Y han sido los miembros de la intelectualidad colombo-venezolana quienes, de un modo u otro, han mantenido los vínculos más significativos entre los hermanos separados; sin paradojas, pues la elite intelectual de un país es la responsable de mantener viva la memoria, en nuestro caso la memoria de la hermandad frente al ataque de la ignorancia que pretende separarnos todavía más.

Si la historia de Colombia y Venezuela es la historia de un hogar disuelto, *Colombia-Venezuela: historia intelectual* es la historia de la comunicación, la nutrición y el conocimiento mutuo de los hermanos, que se resisten a perder la herencia familiar amenazada en ocasiones por la mezquindad del "patrioterismo". Y quizá el emblema de este libro (una recopilación de textos de

autores diversos), sea el pacto entre dos escritores de estos países descrito por Miguel Otero Silva, venezolano autor de obras como *Cuando quiero llorar no lloro* y *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*. Dice Otero Silva: "Por mi parte, tengo concertado un pacto con Gabriel García Márquez, cuya única cláusula nos obliga, en la circunstancia inverosímil e irracional de una guerra entre nuestros países, a echarse él a las calles de Bogotá gritando ¡Viva Venezuela!, al mismo tiempo que yo me echo a las calles de Caracas gritando ¡Viva Colombia!" (pág. 256).



Ante todo, este libro nos muestra que los sueños de unión no son nuevos, y que gracias a ello algo se ha avanzado, aunque el sueño esté todavía lejos de verse realizado. Cecilio Acosta, periodista y poeta venezolano del siglo XIX, escribe con admiración del diplomático e intelectual José María Torres Caicedo, quien fundó un comité en París para abogar por la unión latinoamericana, esperando llevar a la práctica ciertos principios generales, el primero de los cuales sería: "1. Admisión de una nacionalidad común para todos los hijos de todos los Estados latinoamericanos, los cuales serían considerados como ciudadanos de una misma patria y gozarían en toda la confederación, cualquiera que fuere el lugar de su nacimiento, de los propios derechos civiles y políticos" (pág. 67). Del mismo modo, hay una numerosa recopilación de